



EL
PENSIL
DEL

BELLO SEXO



1914



EL PENSIL DEL BELLO SEXO,

Periodico semanal de literatura, ciencias, educacion
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripcion, véase la última página.

ADVERTENCIA.

La empresa del Pensil tiene entendido que el Sr. D. José de Souza antiguo Director del Defensor, propala infundadas especies sobre sus pretendidos derechos á la propiedad de la misma. Para inteligencia de nuestros suscritores, el único y exclusivo propietario de este periódico es D. Antonio Gutierrez de Leon, y como tal responde del exacto cumplimiento de todo lo prometido á las señoras y señores que honren la publicacion con su acogida.

LAS AMAZONAS.

(Conclusion).

Al dejar pendiente este artículo en el número anterior, dije que las señoras Amazonas habian sido unas loquillas, y es preciso probar este aserto, tanto mas, cuanto muchos escritores fundan una parte de los elogios que tributan al BELLO SEXO en la circunstancia de ser apto, ni mas ni menos que el nuestro, para las empresas guerreas, como si eso fuera una dote con la cual se debiera envanecer, aun supuesto el caso de ser cierta esa atribucion que le dan, cosa

que anda muy lejos hasta ahora de estar probada como se pretende.

Vuestra mision, lectoras mias, es consoladora y social, y las Amazonas antiguas olvidaron ese bello destino para hacerse mas bruscas, mas salvages, mas enemigas de la humanidad que el hombre. A este al cabo puede servirle de disculpa en sus extravíos su organizacion peculiar, vigorosa y membruda generalmente hablando, y tanto mas ocasionada al abuso cuanto menos civilizado es el siglo en que egerce su imperio la fuerza. Mas delicado siempre el SEXO BELLO, aun en los tiempos de la primitiva rudeza, debió de hacerse violencia á si mismo para lanzarse del hogar doméstico y querer rivalizar con nosotros en el triste terreno de la guerra. Asi, mientras el hombre seguia su inclinacion antisocial, arrojándose á matar y destruir en fuerza de su misma propension, al modo del que va corriendo abajo, la mujer hendia las ondas en direccion opuesta, agua arriba, ansiosa de rivalizar con el hombre de un modo para ella vedado, en vez de quedarse en la playa elevando plegarias al cielo, ó procurando enternecer con su llanto y con al

vista de sus tiernos hijos al que mas fe-
roz que los brutos cifraba toda su gloria
en exterminar á sus semejantes y en ver-
ter la sangre á torrentes. Dos locuras, pues,
hubo en eso, en la tal manera de obrar
de tan encomiadas mujeres: una hacerse
guerreras de profesion, contra la voluntad
del destino, contra la mision mujeril; y
otra guerrear con los hombres, cuando á
ciencia cierta podian desde luego calcular
que, ya mas temprano, ya mas tarde, habian
de quedar derrotadas. Si la lucha se hu-
biera limitado á lidiar ellas solas entre sí,
el yerro, aunque tamaño, era ya mas con-
cebible, ó estaba mas á mi alcance por lo
menos; ¿pero ellas con ellos? ¡Santo Dios!
Es lo que se llama demencia.

Pero lo mas gracioso es que hay filóso-
fos que negando el nombre de héroes á
un Alejandro, á un César y á otros muchos,
se extasian delante de Semiramis, de la
valerosa Thomiris ó de la furibunda Dripe-
tina, llamándolas heroínas á todas, y elo-
giando vervigracia en la última las mismas
terribles acciones que reprueban en su pa-
dre Mitridates. Preguntadles á esos que
piensan de las Amazonas asiáticas, de las
africanas ó escitas, y os dirán que valian
un mundo, con otras cosillas así. Yo diré
que en efecto lo valian, pero el mundo de
hierro de entonces, por el cual no daría
un ardite ningun amigo de la humanidad y
de las mejoras sociales.

Porque si la mujer sirve de tipo para
medir la altura á que se halla la civiliza-
cion de los pueblos, ¿qué concepto debe-
mos formar de un estado de cosas tan lin-
do como el que es de inferir de la existen-
cia de las conquistadoras de que hablo?
Y eso que creo falso lo que dicen Estrabon
y otros varios autores en lo relativo á la
maña que se daban en ser infanticidas esas
belicosas mujeres; porque ¿cómo es posi-
ble dar asenso á una atrocidad como esa?
Figuraos, lectoras carísimas, si es razona-
ble mi incredulidad. Ellas, dice el autor
mencionado, mataban á sus hijos varones,
y solo conservaban las niñas, á fin de te-
ner sucesoras en la profesion de las armas.
¿Sí? pues yo, con licencia de Estrabon,
rechazo tan horrible calumnia, y la recha-
zo á nombre de las madres. No; yo no lo
puedo creer. La mujer no ha sido jamás
un ser tan degradado, tan bárbaro, tan
espantosamente repugnante como debería
inferirse de un hecho tan atroz como ese.

¿Y qué diré de otro hecho menos hor-
rible, pero harto salvaje tambien, cual es
el de quemar las Amazonas el seno izquier-
do á sus hijas, á fin de dejarlas expeditas
para el libre manejo del arco! Yo por mí,
no lo creo tampoco, por mas que se
apoye el aserto en la etimología de la voz.
La palabra *Amazona*, segun muchos, sig-
nifica *privada de pecho*; pero yo, aunque
profano en voces griegas, quiérola enten-
der de otro modo, y la traduzco así ni mas
ni menos: *mujer despechada, sin juicio.....*
ó como dije arriba: *mujer loca.*

Afortunadamente, lectoras mías, voso-
tras comprendéis mejor que ellas, toda la
santidad de los deberes que estais llamadas
á desempeñar. Mientras nosotros, bárbaros
aun, nos acometemos cual tigres al menor
motivo ó pretexto, ángeles vosotras de paz,
y de caridad y concordia, apaciguais la ira
en nuestros pechos, y, como dice nues-
tro gran poeta:

«A una sola voz vuestra, á una mirada,
Apaga Jove el iracundo rayo,
Depone Marte la sangrienta espada.»

Allá, pues, se la hayan con sus elo-
gios los que juzgan haceros favor con traer
Amazonas á cuento para hacer concebir una
idea de la energia de que sois capaces. Yo
admito á Marte en la Mitología; pero Belo-
na y aun Minerva misma, tomada en sen-
tido guerrero, me han parecido siempre
aberraciones del entendimiento pagano.
¿Escuadrones femineos? ¡qué delirio!

«Otra lucha, otro afán, otros enojos
Guardó el destino á vuestros miembros bellos,
Deben arder en vuestros negros ojos.»

MIGUEL AGUIRRE PRINCIPAL

MUJERES CELEBRES.

MADAMA STAEL HOLSTEIN.

ARTICULO PRIMERO.

(Biografía).

Voy á narraros, lectoras mías, la vida
de una mujer, célebre por sus talentos, y
que influyó notablemente en los destinos de
su país. Las que veais, al pronto, en ella, un
ejemplo de lo que podrá ser la mujer el
día en que se emancipe del yugo moral que
la sociedad le impone y quiera medirse en
importancia y gloria con el hombre, aguar-

dad al artículo que en nuestro próximo número publicaremos acerca del espíritu de amargura y desaliento en que están impregnadas las obras de la ilustre escritora que motiva estas líneas; aguardad á ver lo que ella, desengañada del papel escéntrico y triste que estaba llamada á representar, dice respecto á la verdadera posición y destino que está reservada en su sexo; y tal vez os arrepintais del juicio primero que ligeramente hayais formado.

Ana Luisa Germana (Baronesa de Stael Holstein) nació el 22 de abril de 1766. Su padre, Santiago Necker, fué ministro dos veces durante los comienzos de la revolución francesa, y su madre, Susana Charchoch de Naso, mujer virtuosa y severa, publicó algunos tratados curiosos sobre educación.

Los talentos de Mlle. Necker se desarrollaron muy pronto. A los once años era ya el encanto de cuantos la hablaban, por lo razonado de sus discursos y la sagacidad de sus respuestas. Cuando se trababa entre las altas notabilidades que concurrían á los salones del primer ministro de Francia alguna conversacion sobre asuntos políticos, se veía á la tierna niña pasarse las largas horas sin desplegar los labios, siguiendo con un grande interés los menores detalles de la discusión, animándose por los diferentes afectos que movían á la concurrencia y anticipándose con sus ojos á las miradas y movimientos de los que hablaban, como si se anticipase también á sus ideas.

Esto, á par que los estudios que su madre la hizo seguir, contribuyó no poco á formar aquel pensamiento elevado y reflexivo, y aquel carácter tan inclinado á las grandes cuestiones y á los negocios graves.

A los 20 años contrajo matrimonio con el baron de Stael Holstein, que por ser protestante como ella, y por hallarse protegido por Gustavo, rey de Suecia, el cual le prometió la embajada en París para que no tuviese que salir nuestra jóven Baronesa de aquella capital de que tanto gustaba, fijó la atención de sus padres, é inclinó la voluntad de nuestra Mlle. Necker. Por lo demás ella no le amaba.

En esta época fué cuando publicó su primera obra: *Las cartas sobre J. J. Rousseau*. Este pequeño libro, escitó la admiración pública, por la profundidad de intención y el brillante estilo, que se notaba

en todas sus páginas. Era la obra de un filósofo pensador y no de una niña de 20 años.

Si ha caído alguna vez en vuestras manos un libro empapado en sangre, y habeis tenido bastante fuerza de ánimo para fijar en él vuestros sensibles ojos, si habeis pasado alguna vez la vista por esa grande epopeya de los tiempos modernos llamada *Revolucion francesa*, habeis visto, sin duda ninguna, el nombre de Necker, figurar en primer término en los comienzos de ese gran cuadro. El padre de nuestra jóven Baronesa fué, en efecto, ministro por dos veces, durante tan triste periodo. Cuando bajó de la silla ministerial para espatriarse, le acompañó su hija. El sentimiento de amor filial fue uno de los que mas dominaron su vida.

Mme. Stael volvió á Francia en la época en que el arranque revolucionario estaba en su mayor empuje, pero apesar de su conocido amor y apego á las instituciones liberales, no pudo salvarse de la cuchilla del verdugo, sino á favor de la proteccion que le dispensó el prefecto del Comun. Ella, sin embargo, enjugó no pocas lágrimas en la temporada que permaneció en París, y arrancó no pocas víctimas á los furores populares.

En el tiempo que permaneció fuera de su patria publicó una memoria sobre *Maria Antonieta*, que no pudo librarla de la guillotina, y un folleto sobre *la paz interior*. La franqueza con que se expresó en estas dos obras le valió el destierro por parte de la Convencion, destierro que fué confirmado poco despues por el Directorio. Mas tarde, no obstante, este último, le levantó el destierro.

Cuando volvió, rodeado de la admiracion que habia excitado su última obra sobre *la influencia de las pasiones*, fué recibida con muestras de la mayor consideracion por las personas mas influyentes en los negocios. Su valimiento cerca de los que componian el Directorio fué tal, que logró hacer que se nombrara á M. Talleyrand, uno de los diplomáticos mas consumados, y con el cual estaba ligado en intima amistad, ministro de negocios extranjeros.

En esta época no obstante fue objeto de otra persecucion y tuvo tambien que emigrar por el interés que manifestó en salvar algunas víctimas del golpe que se dió el 18 fructidor.

Napoleon vino entonces rodeado de los

laureles que había cogido en Italia y á punto de partir para la fabulosa empresa de conquistar el Egipto, su nombre sonaba con aplauso y veneracion en los labios de todos. Mme. Stael, sin embargo, le vió, y desde aquel punto, concibió un odio mortal contra él. Napoleon por su parte manifestó poco apego hácia aquella mujer cuya gloria nadie podía desconocer. Un dia que esta le preguntó cual era la mujer que el consideraba mas digna, le respondió el brillante general que «la que hiciera mas hijos.» Esta era la señal de rompimiento entre aquellos dos genios que nunca ya pudieron comprenderse ni tolerarse.

Así fué como vió pasar el 18 brumario sin afectarse ni participar de la alegría general. Y sin embargo ya aquella personificación de la Francia en un solo hombre, era tal vez lo único que podía dar unidad y regularidad de movimiento á aquella nacion que se veía acosada y amenazada de la invasion, por todos lados.

Desde este momento Mme. Stael se declaró en oposicion al estado de cosas que regia el imperio, y su casa fué el centro de los descontentos. Nunca ella por su parte, se habia permitido hablar tan osadamente del gefe del estado, ni dirigirle tan mordaces y picantes epigramas. Su conducta le hizo romper con M. de Talleyrand, hombre que á la sazón creía todavía posible por algun tiempo la permanencia de Napoleon al frente del estado.

Por esta época fué cuando Mme. Stael publicó su *Delfina*, obra que le colocó sin disputa ninguna entre los mejores escritores de la época. Un golpe fatal vino entonces á emponzoñar su existencia. Su padre, á quien habia rendido una especie de culto, que amaba con ceguera, murió en ocasion en que ella se hallaba nuevamente desterrada de su país y viajando por Alemania. Tambien murió en esta época su esposo el baron de Stael.

Para consolarse de este golpe partió para la Italia, donde compuso una de sus obras mas apasionadas y sublimes, la *Corina*.

En 1810 publicó además una obra titulada de la *Alemania*, en la cual presentó de un modo admirable la fisonomía moral é intelectual de aquel país.

Durante su viaje fué cuando trabó relaciones, y contrajo su segundo enlace, con un jóven oficial español, llamado Roca. Este matrimonio, sin embargo, permaneció

oculto hasta la muerte de Mme. Stael porque se le resistió á esta renunciar á un nombre que tanto habia ilustrado.

A principios de 1812, Mme. Stael partió para Austria; pero no hallando el reposo que buscaba, penetró hasta Rusia. A pesar de las consideraciones de que fué objeto, no pudiendo sufrir que el odio que inspiraba el gefe de la Francia, llegase hasta los franceses, se apresuró á pasar á Suecia, donde halló en el príncipe real la mas digna hospitalidad. Esto le hizo poner su hijo primogénito al servicio de esta potencia. De aquí nació un nuevo motivo de dolor. Aquel jóven que daba tantas esperanzas, murió á poco tiempo en un desafío.

En 1815 volvió á Francia, pero salió muy pronto de su país para ir á Italia, donde consagró sus cuidados y desvelos á su marido que se hallaba gravemente enfermo. Sus desvelos contribuyeron no poco á prolongar la vida de Roca, pero en cambio la suya, combatida perennemente por tantas desgracias, se alteró sensiblemente.

La muerte de esta grande escritora dejó un grande vacío en la sociedad y privó á las letras de su mas bello ornamento. Ella unia, á una imaginacion espléndida, á una razon eminente, á un estilo brillante, un grande amor á la humanidad, que fecundaba y animaba sus obras.

Además de las otras que llevamos indicadas en el curso del artículo, publicó otra porcion de ellas, entre las cuales, sobresalen sus *reflexiones sobre la influencia de la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales. Del carácter de Mme. Necker y de su vida privada, y Mis diez años de destierro.*

La hija que tuvo de su primer matrimonio, casó con el duque de Broglie y se distinguió tambien por un elevado espíritu y una alma enérgica, pero la muerte la arrancó tambien de su temprana edad, como habia arrancado primero á su jóven hermano.

En nuestro próximo número nos ocuparemos de las obras de esta célebre escritora, en todo lo que diga relacion con las mujeres.

D. DE BATORREK.



EL RAMO DE ROSAS.

1808.

EL DIA DE BODA.

I.

El alegre bullicio de una boda turba los ecos adormecidos del valle de Yrsven. Los parientes y amigos siguen de dos en dos el estrecho sendero que serpentea entre las rocas, y fijan sus enternecidas y satisfechas miradas en aquellos felices esposos, que buscando la soledad en el seno del mundo, han precipitado el paso de sus cabalgaduras, y se han adelantado considerablemente al resto de la comitiva. La mano de Hedwige vá enlazada con la de su marido: Rodolfo, tiernamente inclinado hacia ella, guía con el mayor cuidado los pasos de su caballo, mas blanco que la margarita de los prados, y que parece enorgullecido de su graciosa carga. A veces, el venticillo de la tarde jugando con el velo de la desposada, descubre sus facciones correctas y puras, sus ojos azules como las aguas del lago, y sus cabellos que coronan todavía las flores nupciales: Rodolfo entonces se embriaga al aspecto de aquel bello semblante que no respira mas que inocencia y felicidad; busca aquella mirada llena de ternura; aprieta con mas ardor aquella mano de que la iglesia le ha hecho dueño, y bebe á largos tragos en la copa de las felicidades humanas, repitiendo á cada momento. *¡Oh cuánto os amo! ¡cuán feliz soy!*

Hedwige, mas tranquila, mas tímida en su alegría, saboreaba con recogimiento las delicias de una íntima felicidad. Rodolfo de Wart era el mas bello, mas valiente, y mas leal de los caballeros suizos; verdaderamente noble mostrábase dulce con los débiles y duro con los poderosos; si las varoniles prendas del hombre resplandecían en su frente y en sus ojos, su boca se embellecía de continuo con una amable sonrisa, y su voz, tan fuerte en el campo de batalla, tenía cerca de una mujer el acento que mas directamente va al alma. Era rico y venerado; tenía detras de sí un pasado lleno de los ilustres recuerdos que había sembrado su noble descendencia; y delante de sí un porvenir henchido de brillantes esperanzas. Tal era el esposo de Hedwige, de la dichosa

Hedwige, aquella que al lado de su madre y de su querido Rodolfo creía que la tierra no podía ofrecer mayor felicidad que la suya. Todo parecía en armonía con el estado de su alma: ninguna nube oscurecía el espléndido azul del firmamento; la estrella de la tarde brillaba como un faro sobre la masa sombría de una floresta de pinos; el sendero que iba de bajada dejaba ver á lo léjos un valle fértil en pastos, que se esmaltaban algunas moradas campestres y en torno del cual se estendían en anfiteatro severas montañas, unas mostrando el granito de sus rocas, otras adornadas de una fresca verdura. Al horizonte, se elevaban confundidas con el cielo altas rocas de nieve revestidas de una dignidad sombría y silenciosa las cuales sin los brillantes tintes que las esmaltaban al ponerse el sol, se asemejaban á un ejército de gigantes. Pero las miradas de Hedwige no se volvían hacia ellas: buscaba tan solo á traves del velo de gasa que la tarde había estendido sobre la tierra, la morada querida que de su esposo le había hablado tantas veces. Por fin, al salvar una vuelta que hacia el camino, Rodolfo apretó la mano que tenía entre las suyas y con la voz conmovida dijo: «querida Hedwige, hé ahí la torre de Wart, hé ahí nuestra casa.»

Hedwige suspendió los pasos de su caballo, y fijó sus ojos, que humedecían una lágrima, en aquella torre de áustero aspecto, que defendía la entrada del valle, saludándola al mismo tiempo con amor. Cual es en efecto la mujer que no ha amado con una verdadera afección la morada de que su esposo la hacia dueña, el techo á que debía llevar la felicidad en cambio del amor, los muros que la verían esposa y madre, y en que revestida de una dulce magestad, haría reinar la paz y la alegría? Fórmase un lazo poderoso entre estos lugares queridos y lo que mora en ellos y los hace testigos mudos de los secretos mas íntimos de su vida entera. Tales fueron sin duda las ideas que surgieron en la mente de Hedwige, porque se la oyó decir con enternecimiento:

—¿Es esa vuestra casa, la de vuestra madre? ¡Quiera el cielo que vivamos en ella bendecidos y felices!

—¿Dónde esteis vos como no ha de reinar la felicidad? ¿Que vengencias pudieran faltar á vuestro lado?

¡Ah! querido Adolfo invoquemos á Dios ante todo: él solo dispensa la felicidad.

—Oh! si; puesto que me ha dado la felicidad de poseeros, roguémosle y ensalcémosle sin cesar.

Hedwige se sonrió, y sus ojos elevados hácia el cielo con un vivo fervor, cayeron de nuevo hácia la tierra; la expresion de su semblante debió, sin duda, conmover á Rodolfo, porque llevó á sus labios con la devocion de un peregrino por una piadosa reliquia, el velo flotante de la jóven desposada. En aquel momento llegaron á la entrada del valle; Rodolfo saludó con un gesto amistoso y alegre á sus vasallos, los cuales le contestaron con la cordial familiaridad de los campesinos suizos; Hedwige ruborizada, recibió sus votos y sus sencillos homenajes, y á poco la brillante cabalgata despues de haber atravesado el puente levadizo de la torre de Wart, penetró en el recinto del castillo feudal, en donde bullia la numerosa servidumbre. Rodolfo saltando á tierra recibió á Hedwige en sus brazos, la besó en la frente, proclamándola dueña y señora del castillo y la condujo así como á sus huéspedes, á una sala antigua, en donde brillaban una multitud de antorchas puestas en monstruosos cuernos de toro. La copa circuló, se dirigieron mutuamente sencillos cumplimientos, y la hora del regreso sonó en fin en el reloj de la torre; los jóvenes desposados recibieron puestos de rodillas la bendiccion de los padres de Hedwige, y se retiraron al vasto aposento, en donde tantas generaciones habian ya reposado; los criados condujeron á los huéspedes á sus respectivos departamentos; las luces palidieron entonces de una en una, y el silencio sucedió al tumulto, ya no se oyó mas en la campiña que la querrellosa cadencia del ruiseñor, el chillido del grillo, el murmullo de las olas rápidas del Reuss que bañaban aquella feliz morada.

H. DE SAUTOURPS



A LAS BELLAS DEL INSTITUTO.

Leida en la noche de su apertura.

De las artes la ambicion
Os debe su hermosa palma,
Porque presta la pasion
Sentimiento al corazon,
Inspiraciones al alma.

Ya copiando los pinceles,
Ya esculpiendo los buriles
Su amor nos retratan fieles
Que vá hendiendo los pensiles
Pintado mar de clave les.

Ya entre gasa purpurina
Cruzas, mujer, el espacio;
Del sol la lumbre divina
Te dá corona argentina
Con raudales de topacio.

Alentando su pasion,
De la altiva inspiracion
Remontas, mujer, el vuelo;
Que del amor en el cielo
Soles vuestros ojos son.

Ya inspirados los acentos
En sus canciones compiten,
Amorosos pensamientos
Que al escucharlos repiten
Enamorados los vientos.

Quizá en la noche callada
Al cantar vuestros enojos,
Diera la luz nacarada
De la luna enamorada
Por la luz de vuestros ojos.

Que me ban de sobrar rivales
Que os digan con alma ardiente
Que esos ojos celestiales,
Siendo de venturas fuente,
La fuente son de sus males.

Ojos que el alma arrebatan
Y que su desdicha quieren,
Pues con tal rigor la tratan,
Que si la miran la hieren,
Y sino miran la matan.

Porque esos encantos bellos
Son manantial de mi males,
Que, siendo distintos ellos,
Tormentos causan iguales
Ojos, sonrisa y cabellos.

Ay ¡ si pudiera mi lira
Cantar las glorias que admira,
Cual las concibe la mente,
Y el corazon las inspira,
Y como el alma las siente !

Que es ya tanta mi pasion
Que yo digo lo que siento
Con llanto del corazon;
Porque las lágrimas son
Las lenguas del sentimiento!

Ay! que los genios mas sábios
Hicieron al arte agravios
Ante un partido clavel:
Por el beso de unos labios
Coronas mil de laurel.

Pues del arte la ambicion
Os debe su hermosa palma,
Porque presta la pasion,
Sentimiento al corazon,
Inspiraciones al alma.

EDUARDO ARQUIERINO.



ANÉCDOTAS.

III

La cocinera y el gato.

Una señora viuda tenía varios convidados á su mesa, y era tan escasa la comida, que no podía menos de sonrojarse al notar una mezquindad como aquella, no siendo suya la culpa. Aguantóse, pues, como pudo, dando á los convidados las excusas que mejor se supo inventar; pero al ver un plato de *bistek* extraordinariamente pequeño, cuando ella esperaba una gran fuente, no le fue ya posible contenerse; y haciendo venir á la cocinera, preguntóla en qué consistía no haber sino libra y media de ternera, habiendo mandado comprar tres. La cocinera, que venia con un gatito en la mano, echó la culpa de ello al pobrecillo, diciendo que acababa de cojerle *in fraganti*, comiéndose el *bistek* muy si señor.—¿Pero cómo es posible, dijo la señora, que tan pequeño como es, se haya comido todo lo que falta? A ver! y saque usted la balanza—La cocinera obedeció, y sacó lo que le pedía su dueña, pensando si querría pesar el malhadado plato de *bistek*. Hizolo así en efecto, y vió que la ternera existente no pesaba mas que una libra, faltando otras dos libras por lo visto. Luego cogió al gatito, y lo pesó tambien, y ¡qué horror! no pesaba sino libra y media tan solo. Lo que esto hizo reir á los convidados, no es para dicho en el cuento.

¡ Vaya V. á fiarse en criadas que echan á lo mejor la culpa al gatol

IV.

Otro cura y otros novios.

Un caballero muy fino, muy elegante, muy almivarado, de blondo y rizado cabello, de agraciada y linda presencia, y tan despejado y tan vivo que á veces parecía un troncilla, presentóse en la iglesia con una dama, entrada ya en años, algo mas fea de lo conveniente, y hasta un si es no es bigotuda. Sabido por el cura que el objeto de la venida de ambos era que los casara en el momento, púsose á considerar un buen rato aquella enamorada pareja, y aun llegó á callarse las gafas, dado que era algo corto de vista.—Y bien! exclamaron los dos: ¿no habeis oido que tenemos prisa, y que hemos

venido á casarnos?—Estoy en ello, respondió el sacerdote: mas para evitar alguna equivocacion ¿harán ustedes el favor de decirme cual de ustedes dos es la novia?

V.

Y sigue otro cuento de novios.

El cual no es ya cuento, es historia. Era el 18 de octubre de 1609, y la hija del conde de Crequi, de edad de nueve á diez años, habia sido prometida en matrimonio al marqués de Rosni, hijo del duque de Sulli. La tierra desposada era católica, y como tal, iba velada al estilo romano. Presentada al sacerdote Dumoulin para que la uniese al marqués, no entendió aquel lo que le decian, ó afectó no entenderlo, y se dirigió hácia la pila.—¿Adonde vais? le dijeron: ¿no ois que esa niña se casa?—¿Cómo! contestó el sacerdote: ¿tan jóvencita y viene ya á casarse? Pues por Dios que creí que el traérmela era no mas que para bautizarla.

VI.

Devota y agradecida.

Cierta señorita estaba casada con cierto caballero troneron, el cual la daba tantas pesadumbres, que no le podia sufrir. Deseosa de hallar algun remedio, hizo una novena á San Ignacio, de quien era devota, y pidió al cielo por su intercesion convirtiese en buen esposo al mal marido. Ocho dias despues de la novena, dióle á este un accidente y murió. ¡Oh que santo tan bueno! exclamó ella: siempre concede mas de lo que le piden.

EPIGRAMA.

III.

Una obra ha dado, Ines,
Os lo juro por la cruz:
Yo no diré que obra es,
Mas sé que la ha dado á luz.

MIGUEL AGUSTIN PRINCFPE

El PENSIL DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos.

Habiéndose ocasionado dudas entre los suscritores sobre la palabra *separadamente* que figura en las condiciones de suscripcion al PENSIL DEL BELLO SEXO, se previene á usted que las expresadas condiciones deben entenderse del modo siguiente:

La suscripcion al PENSIL es de tres clases:

Primera. La *ordinaria*, con opcion al periódico y á un figurin de señora cada mes: sus precios son:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes..... 5 rs.	Un mes..... 7 rs.	Un mes..... 10 rs.
Tres..... 13	Tres..... 20	Tres..... 28
Seis..... 24	Seis..... 36	Seis..... 54
Un año..... 44	Un año..... 70	Un año..... 100

Segunda. La *extraordinaria de señoras*, con opcion al periódico y cuatro figurines mensuales: su precio, por trimestres adelantados, es, 31 reales en Madrid y 41 en las provincias.

Tercera. La *extraordinaria de caballeros*, recibiendo el periódico con dos figurines de caballero y un patron pequeño, con otro grande cuando se repartan en París: su precio el mismo que el de la *extraordinaria* de señoras, esto es, 31 rs. en Madrid y 41 en provincias por trimestres adelantados.

Los figurines sueltos se expenderán á 3. rs. para Madrid en la puerta del Sol, número 8, tienda.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán francos de porte al empresario capitalista Don Antonio Gutierrez de Leon, calle de Santa Clara número 8, cuarto principal.

MADRID.—1845.

Imprenta de D. José de Echaldoy compañía.
Calle del Fomento, número 15.